

## EL OJO DE LA AGUJA

Amor y miedo extendidos como paisaje al fondo  
de una soledad sin término.

Sí, puedes quejarte de que siempre te diga sólo eso,  
puedes quejarte y quizá harías bien en huir  
por hacerte escondida hormiga o de mi aburrirte,  
pues es verdad que jamás te he dicho nada muy distinto  
por mucho que a veces haya procurado  
torpemente variar algún motivo  
y te haya entonces dicho: “son lobos pequeños,  
pero muerden dentro”, o “las lunas dulces bailan  
como si fueran una huida y por esto  
ahora sí que no podemos dudar  
de que todas las mañanas nacen muertas”.  
Pero tienes razón, la tendrás siempre: puedes quejarte,  
es más, deberías hacerlo y a mí me parecería correcto,  
ya que como en resumidas cuentas es lo mismo  
de sobras sé que de nada sirve eso.  
¿Pero qué quieres? Quizá en estos grises ejercicios  
en que mi nombre busco, y en los que quizá vivo,  
estos huecos ritmos quizá —aunque ya ves  
que no estoy muy seguro— sí hubieran servido  
para que comprendieras que no puedo decir  
más que lo que digo, y que lo único cierto  
es que me he pasado la soledad injusta de la vida  
intentando hacer pasar, con dedos enfermos,  
un lluvioso e improbable amor por el ojo  
de la aguja de aquel híbrido  
de aguafiestas y carcelero  
que entre tú y yo  
llamamos miedo.

## LLUVIA

El lugar de las mañanas, sí, es el de nunca.  
El de jamás y el de nunca. Y lo sabes bien.  
Tú que atravesaste madrugadas como cuerpos  
sin destino, como cuerpos de sueño que no sirven, o que a nada, ni  
a un diminuto calor acercan,  
bien o así o desde el dolor de un silencio  
sabes que el nombre de las mañanas  
por letras misteriosas es tejido